

Veinte poemas en prosa¹

Carlos Jiménez Arribas

Modelos del universo: Veinte poemas en prosa

Modelos del universo toma prestado el título a una compilación de poemas en prosa de las varias que han sido publicadas en los últimos años en el mundo anglosajón, especialmente en Norteamérica. Los poemas están sacados de las siguientes antologías: *A Curious Architecture. A selection of contemporary prose poems*, Exeter, Stride, 1996, editada por Rupert Loydell y David Miller, la única de las cuatro promovida desde las Islas Británicas; *Models of the Universe. An Anthology of the Prose Poem*, a cargo de Stuart Frieber y David Young, Oberlin, Oberlin College Press, 1995; *The Best of the Prose Poem: An International Journal*, número especial de la revista desgraciadamente ya extinta editada por Peter Johnson, Providence, Universidad de Providence, 2000; y *Great American Prose Poems. From Poe to the Present*, de David Lehman, Nueva York, Scribner, 2003. Todos los poemas han sido traducidos directamente del inglés original, salvo los de Dupin y Follain, traducidos del inglés tal y como aparecen en estas antologías pero originalmente escritos en francés, y el de Pagis, en hebreo. El orden alfabético de los autores que he elegido para la distribución de los poemas pasa por alto criterios cronológicos –no siempre fáciles de delimitar dada la peculiar convención que rige las notas biobibliográficas en el mundo anglosajón–, y los relativos al mayor o menor prestigio de unos y otros poetas. Tiene la ventaja, creo, de eliminar toda jerarquía y darle a la compilación una aleatoriedad en la que quede palpable sin delimitaciones previas el potencial de cada texto. Se produce, además, una nivelación que demuestra la vigencia aún de poetas como Jacques Dupin o Jean Follain, quienes ayudaron a consolidar el género en Francia, junto a autores de nuestra contemporaneidad. Igualmente, vacas sagradas de la poesía en prosa estadounidense como Gertrude Stein desfilan sin complejos y con envidiable soltura al lado de, por

ejemplo, James Tate, uno de los poetas más reconocidos como practicante del género en Estados Unidos, o bien hombro con hombro junto a N. Scott Momaday, dignísimo representante de los indios nativos norteamericanos. Aparte de Tate, Rusell Edson, Louis Jenkins, Larry Levis, W. S. Merwin o Rosemarie Waldrop forman hoy en día parte, junto a otros autores –Robert Bly, David Ignatow, etc.– de la lista de poetas estadounidenses dedicados con fruición a la práctica del poema en prosa, algunos, caso de Tate y Edson, poetas específica y exclusivamente en prosa, algo del todo inusitado en otras latitudes. A ellos, con menor militancia pero indudable maestría, habría que añadir al británico Peter Redgrove y, en los últimos años, a su compatriota John Burnside. El resto de autores, son más o menos (re)conocidos, pero todos ofrecen, creo, una aportación de valor al cultivo de un género, el poema en prosa, que ha conocido auge sin precedentes en Norteamérica en los últimos treinta años, sobre todo a partir de libros importantes como *Three Poems*, de John Ashbery, cuya exclusión de alguna de estas antologías ilustra sobremanera la dificultad genérica que supone siempre el poema en prosa, o *The Miner's Pale Children*, del propio Merwin. La selección, que responde a un criterio de representatividad pero también a otro obvio de predilección personal del compilador, deja claras algunas de las constantes temáticas y formales del género, predominando, eso sí, al otro lado del Atlántico Norte, igual que en Sudamérica, una proclividad del poema en prosa a transitar las sendas de lo narrativo, lo que le lleva directamente al ámbito de la mini o microficción. Un aporte de lirismo, parece no obstante –y aquí es donde más palpablemente se manifiesta el gusto del antólogo–, necesario y hay buenas muestras entre estos veinte poemas.

Kim Addonizio
«Últimos regalos»

Estaban todos a su alrededor en el cuarto al lado de la cocina, donde le instalaron la cama de hospital. Un escritor al que había publicado le trajo una boa larga y roja y se la puso alrededor del cuello; parecía que se estaba ahogando, una cabecita a flote entre olas de plumas. Otro trajo una almohada con una foto cosida de Elvis y las palabras «Rey del Rock and Roll» haciendo un arco. Tenía manchas rojas en los brazos, y le temblaba algo la mano cuando llenaba de agua el vaso en la bandeja.

Un poeta cogió un libro de la estantería, se sentó en el borde de la cama y le leyó durante un rato. Alguien sin querer pisó el tubo del oxígeno; nadie se dio cuenta hasta que empezó a toser, y hubo cierta preocupación, luego risas de alivio y bromas. Se animó la fiesta; la gente se llenó otra vez el vaso, y todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Su mujer fue a la cocina y trajo una ensaladera plateada llena de palomitas de maíz y la fueron pasando. Por unos instantes parecía que se hubieran olvidado de él. Entonces uno acabó de contar algo, otro hizo una pausa buscando la palabra exacta, y se abrió un silencio que se extendió por la habitación iluminada. Los invitados se miraban, algunos tenían lágrimas en los ojos. Se volvieron hacia el lecho, donde el enfermo, medio incorporado con su boa roja, les miraba sonriente, y supo que todo sería así cuando él se fuera. Y entonces se fue.

– *para Al*

John Burnside
De «Zonas residenciales»

La zona residencial se altera por la noche. Se intensifica aquella acción de baja intensidad diurna, como madera mala que se comba bajo su barniz: los zorros se apoderan del jardín y escarban en los cubos de basura por el suelo, el vacío toma forma y se acerca desde el centro del césped, un demonio blanco que sonríe entre la oscuridad, y caigo entonces en la cuenta de que vivo en un sitio inventado cuyo solo objeto es evitarnos, de que todo lo que evito, lo llevo conmigo, siempre.

Anne Carson
«Acerca del refugio»

Se puede escribir en la pared con el corazón de un pez, es por el fósforo. Se lo comen. Hay chabolas como esa río abajo. Te escribo esto para hacerte todo el daño posible. Cambia la puerta cuando salgas, pone. Dime ahora cuánto daño es eso, cuánto dura. Dime.

Jacques Dupin
«Me prohíben detenerme...»

Me prohíben detenerme para ver. Como si fuera condenado a ver mientras camino. O mientras hablo. Ver lo que hablo, y hablar sólo

porque no veo. Mostrar así lo que no veo, lo que me prohíben ver. Qué idioma en ramificación golpea y descubre. Ceguera implica deuda en invertir los términos, y proponer camino y verbo ante los ojos. Caminar de noche, hablar entre el estruendo y confusión, para que el haz del día alzándose se funda con mi paso y lo responda, señale el árbol, y coja la fruta.

Russell Edson

«El otoño»

Había un hombre que encontró dos hojas y entró en su casa diciéndoles a sus padres que era un árbol.

A lo que respondieron pues sal al jardín y no crezcas en el comedor o tus raíces nos estropearán la alfombra.

Dijo que estaba bromeando no soy un árbol y dejó caer las hojas.

Pero sus padres dijeron mira es otoño.

Jean Follain

«Los paisajes que atraviesan...»

Los paisajes que atraviesan ciegos miden su existencia. Se dicen que la noche ha de venir bien pronto. Buscan posada en lo que fuera campo de batalla. Hubo una vez en que las plumas del sombrero de uno de los capitanes ocultaban un insecto inmóvil, mientras el capitán sentía el miedo cerca envuelto en un manto escarlata. Sobre su montura vieja lo dominaría. Briznas de hierba en punta, hojas en lóbulos, corimbos de la hiedra en lábil duermevela hecha de caras de mujer. Hay en la aldea ese color del pan quemado, una mujer, ya lejos de la muerte, echa la cabeza para atrás y deja que le besen un pecho lleno de leche en la penumbra fría.

Stratis Haviaras

«Naturaleza muerta»

Olor a cuero hoy en el aire. Cuando hace calor, un calor húmedo, el cuero viejo reblandece, revive, despide un fuerte olor, me hace pensar

en vacas y caballos en los mataderos, su muerte tras la conmoción, con picas y martillos tras la oreja, cuchillos en el punto en que la espina llega al cráneo, o en el lugar de la garganta en el que guardan un suspiro ese montón de hierba masticada y lo liberan.

Cuando la guerra, los últimos animales que morían eran los caballos. Tan pronto como no se sostenían sobre las patas la gente los mataba, pero no hallaban carne allí. Cocían con desgana la cabeza para caldo, y se comían la lengua, los carrillos, partes de los ojos y los sesos. Había calaveras de caballos por doquier, uno en nuestro propio huerto. Lavadas por la lluvia, inmaculadas calaveras, dientes resignados sobre dientes de una forma imperceptible, y en el hueco del cerebro, la hierba que ascendía con serenidad.

La
guerra
terminó.
Sembraron
otra
vez
los
campos
de
grano.
La
abuela
puso
aquella
calavera
encima
del
poste
como
espanta-
pájaros

Martin A. Hibbert

«El huevo se sumerge en leche negra»

El huevo se sumerge en leche negra. Me revuelco en una pesadilla proteínica.

Con hambre impuesta voy hacia el caldero rebosante.

Si esperara, si no fuera, si no sucumbiera a este rito del festín no convincente; si me alejara con la boca vacía y permitiera que mi cuerpo se encaminase él solo, que comiese viento y luz, a algún lugar fuera del cerco —¿qué pasaría? ¿Qué pasaría si lo demorara todo el tiempo

suficiente para que cambiase algo? ¿Si dejara de engullir y masticar para que algo se filtrara?

El huevo se sumerge en leche negra. ¿Debo meter en ese pozo de excremento mi cabeza en nombre de una nutrición mecánica?

El hombre que no tiene hambre que calmar tiene tiempo para digerir el mundo.

Louis Jenkins
«Tu bebé»

Llora y di palabrotas, patalea con fuerza, porque la superficie de la tierra es sólo una corteza, un puñado de placas tectónicas sueltas, algo como los huesos del cráneo de un bebé, a flote sobre un núcleo de magma líquido: caos y anarquía, los fuegos del infierno. Y como ya te han dicho muchas veces, todo está en tus manos. Como el huevo que te dieron en la clase de Hogar. «Este es tu bebé. Cuídalo». Con tanto empeño que le dibujaste una sonrisa, luego añadiste hasta un par de cejas como dos tejados. Le daban al bebé huevo una apariencia ligeramente siniestra. Luego un amigo le puso colmillos de Drácula y dijo, «Mira, se parece todo a su papá». «A ver», dijo otro y otro más le dio un golpe a tu codo.

Bien entrada la noche. ¿Dónde está tu niño demonio ahora, cuando te sientas dando cabezazos sobre la tabla de elementos, casi esperando que llegue la policía?

Yusef Komunyakaa
«Interrogatorio desnudo»

¿Mataste a alguien allí? Angélica dirige su mirada alternativamente al póster de Janis Joplin y al de Jimmy Hendrix, sacándose la blusa clara de muselina por encima de los hombros. La luz ultravioleta refuerza los azules cuando la aguja cae en los primeros surcos de «All Along the Watchtower». No quiero mirar al suelo. *¿Mataste a alguien? ¿Cavaste un agujero, te metiste dentro y esperaste tu objetivo?* Su minifalda cae en un arco-iris a sus pies. El sándalo pende en una lenta nube de perfume sobre el cuarto. Digo que no con la cabeza. Se desabrocha el sujetador y lo tira encima de una estantería de bloques y contrachapado. *¿Usaste un M-16, una granada de mano, una bayoneta, o tus propias manos fuertes, los pulgares apretando el pajarito en la garganta?* Está de pie con el pulgar

izquierdo entre el elástico de sus braguitas azul cielo. Cuando apaga la luz hay montes nevados de repente en las ventanas. *¿Mataste a alguien allí? ¿Eres zurdo o diestro? ¿Tiraste al suelo luego el rifle? ¿Te pusiste de rodillas junto al cuerpo y le diste la vuelta?* Está desnuda contra la nevada. *Sí. El disco gira como ojiva en la muralla más al sur de Xanadú. Sí, digo. Me daba miedo el silencio. La noche era demasiado grande. Y después, no podía dejar de mirar al cielo.*

Larry Levis
«Sapo, verraco, asesino, espejo»

Sapo, verraco, asesino, espejo. Algunas de sus palabras favoritas, lo que es aliento. O escritura: la larga cola de la «y» que desaparece en un granero como cola de roedor, y de repente es invierno después de todo. ¿Después de todo qué? Después de que se sequen las acequias a mediados de agosto y los niños tiren alfileres en cada cañón para escuchar el eco. Otra pregunta por favor. ¿De qué sexo es si tiene alguno? Es un varón. Es un varón blanco caucásico. Sin ninguna marca explícita de nacimiento, la típica verruga en la barbilla. Visto por última vez en un trasluz de Omaha. Parece inteligente. ¿Pero acaso la mayor parte de los estadounidenses no ha visto este poema al menos una vez ya? Al menos una vez. Entonces, ¿cómo se le comunica... la enfermedad? Por lo que podemos constatar se le comunica completamente por la duda. Tan pronto como los poetas alcanzan la veintena empiezan a vivir detrás del seto. Al otro lado del seto alguien que es atractivo se ríe o bien de ellos, o bien con un amante durante el acto sexual. Así que es como una fiesta en la universidad. Sí. ¿Pero qué fin el de la fiesta? El fin está dentro del roedor. Es el granero que se viene abajo un día de verano. Dentro de las entrañas del roedor. ¿Entonces se permite, al menos, una visión franca de la llanura? Sí, ¿y qué habrá entonces en la llanura? Un jinete que se acerca con un rictus, que no ve que su caballo tiene rosas blancas en lugar de ojos. ¿Quieres decir... todo otra vez desde el principio? Desgraciadamente, sí, o al menos en lo que la vista alcanza.

John Levy
«Kyoto»

Estoy en un templo. Un monje joven con su toga negra pasa junto a mí, me mira, se detiene. Señala mi melena. Castaño. Luego mi perilla.

Pelirrojo. Toca mi sobaco y parece asombrado. Señalo mi pelo. Él señala mi entrepierna. Señalo mi pelo. Me invita a tomar dentro té verde.

Sarah Manguso
«Lo que echamos de menos»

¿Quién dice que es tan fácil salvar vidas? En mitad de una entrevista de trabajo puede que veas al gato desde la ventana en el piso diecisiete cuando cruza la calle contra el tráfico, cuando vas a responder una pregunta acerca de tu peor rasgo de carácter y mientes al decir que eres demasiado cuidadosa. ¿Y qué si sigues viendo al gato en todo momento y no puedes salvarlo? El fracaso se parece más a esto que a duelos o maratones. Todo se puede salvar, y no llegar a tiempo lo evita. A cada minuto, respondes a la pregunta y miras por la ventana de la iglesia para ver a tu gran amor cegado por el resplandor, cruzando la calle, solo.

W. S. Merwin
«Los rotos»

Las arañas emprendieron rumbo con el viento en su peregrinación. Se las contaba entonces con honor entre los invisibles –más sensibles que el cristal y más leves que el agua, más puras que el hielo—. Incluso el rayo hablaba bien de ellas, y parecía que pudieran ir a cualquier sitio. Pero mientras viajaban entre el frío y el calor, les salieron grietas, grietas en las patas, se detuvieron, les parecía que tenían que detenerse, dejar la compañía del viento un tiempo y quedarse en un lugar hasta recuperarse, moviéndose con gran cuidado, escondidas, sin confiar en nada. Muy pronto renunciaron al intento de ser ellas otra vez y, resignadas, se pusieron a enmendar el aire. Ni la vida ni la muerte se deslizarían, dijeron, nunca más a su través. Después se las contó entre en polvo –hacedoras de fantasmas—. El viento nunca las echó de menos. Le quedaban aún las nubes.

Dan Pagis
«El arte de reducir»

Primero cree que el prado en toda su abundancia es suyo, entero, con innúmeras sorpresas verdes. Luego sabe que no puede vivir con

tanta confusión. Ciertamente, la hierba no es muy alta, le llega a la rodilla, quizá sólo al tobillo. Pero es un laberinto, sin embargo, y engañoso. No hay un sendero único; hay miles de senderos. Puede ir adonde quiera. Se pierde.

Así que elige reducir. No un prado, sólo una porción de césped. Ni siquiera eso, sólo tres briznas de hierba. Tres no, ni siquiera una (y esto, siente, es la almendra del asunto), ni una brizna siquiera, mejor un cuadro de una brizna. Esta es la esencia.

Por fin, lo cuelga en la pared, comprende. Esta brizna de hierba incluye todo el prado, borra todo el prado también.

Peter Redgrove
«Caliza escrita»

El olor de mayo lo diluye el viento. Y hace temblar así la tierra.

Las cascarrías en su espesa lana suenan como castañuelas cuando la oveja se aleja corriendo de nosotros.

Se arquea el Priorato como erectas olas de silente música organística; labor gigante de los árboles que se apilan hoja a hoja, torres suyas.

La floración de mayo espesa como helado; salvaje mundo de escritura en la caliza, brotes de piedra de la estalactita, flores de piedra milenarias, sonido sempiterno de respiración o mantra de las cavidades, aquí y allí una piedra que ha sido grabada con la marca de un durmiente que se puso en pie, un peregrino que durmió la oscuridad de pabellones a su alrededor.

N. Scott Momaday
De «Los colores de la noche»

7. Púrpura

Hubo una vez un hombre que mató un búfalo sin ningún propósito, sólo quería la sangre entre las manos. Era un animal grande, viejo y noble, y estuvo mucho tiempo agonizando. En el borde de la noche la gente se juntó con su dolor y su vergüenza. Lejos, al oeste, se veía la joroba y el lomo del animal enorme agonizando en el límite del mundo. Se veía la sangre roja y resplandeciente correr por el cielo, secarse oscura y, por fin, entreverarse con copos de luz.

Gertrude Stein
«Tuviera ella un caballo»

Si en lugar de nariz tuviera ella un caballo y en lugar de una flor tuviera cera y en lugar de un melón tuviera una piedra y en lugar de perfume hebillas cuántos días serían.

James Tate
«Su silueta contra el resplandor alpino»

Escalar una montaña es duro así que nos sentamos en la base y nos comimos nuestro picnic. Otros vinieron más tarde y, en efecto, comenzaron a subir. Eran duros y fuertes pero parecían estúpidos, no obstante nos cuidamos de decírselo. Venían tan cargados de equipo que apenas si podían tenerse en pie en terreno llano –cuerdas, sacos de dormir, tiendas, martillos, clavos, linternas, provisiones, hachas para el hielo, máscaras de oxígeno–, mientras que en un picnic metes todo lo que necesitas dentro de una cesta –vino, queso, salami, pan, servilletas–. «Marie», le dije, «¿aún me quieres?» «Que te den, Farley», dijo, «y a toda tu puta familia. Sabes que siempre te querré. Se está de vicio aquí, ¿que no?».

Rosemarie Waldrop
De «Césped del medio exento»

Sabemos que a las golondrinas les atrae el cristal de las ventanas, que a veces trazan ráfagas de vértigo cruzando a su través y a veces chocan. Recogí aquel cuerpo como si vaciara el cielo por un tenue pulso que se vuelca. Cogido entre lo que era simulacro y paradoja, el aire pétreo. Aunque un cuerpo pueda sobrevivir cuando entra dentro de su propia imagen, vacante está el espejo, no hay culpa en el cristal que rompe el equilibrio de la luz.